



Capítulo 326 - Demonio Loco Supremo

"Debes estar bastante nervioso, ¿eh?" La voz de Virgilio resonó, profunda y llena de sarcasmo. Se encontraba en el centro de un mundo en colapso, observando con una leve sonrisa de diversión cómo el caos se filtraba en cada centímetro de su alma.

Pero esto no fue una mera proyección mental.

Éste era el Núcleo del Alma.

El verdadero corazón de su existencia.

El punto donde se entrelazan todos los fragmentos de poder, memoria y esencia. Un universo interior formado por legado, trauma y sangre... un reflejo perfecto de quién era... o había sido.



El campo que lo rodeaba florecía con lirios araña de un intenso color rojo carmesí, tan intensos que parecían dibujados con su propia sangre. Sus pétalos pulsaban con un aura sutil y viva, y cada flor no tenía sus raíces en el suelo sino en la representación de la Sangre del Clan Ball.

En lo alto, un sol abrasador ardía como un horno vivo, irradiando llamas de color naranja dorado. No era calor común... era energía. La Llama del Clan Agares, salvaje, orgullosa, siempre consumidora, siempre renacida. Sintió que ardía por dentro y, sin embargo, se mantuvo firme.

La brisa que atravesaba ese mundo no era un simple viento. Estaba vivo, etéreo, como si susurrara mil historias, decisiones y renunciadas. El viento del



clan Sitri, moldeado por decisiones que no se podían deshacer. Aportaba una frescura casi melancólica, perfumada con esperanza olvidada.

La noche, cuando descendió a ese mundo interior, no fue una ausencia de luz— fue la presencia de sombra. Una cortina de poder absoluto e inevitable.

El toque de la muerte colgaba como un velo silencioso, cubriendo el suelo con estrellas negras que brillaban como ojos cerrados. Fue el peso del final. La última llamada que un día todos responderían.

Finalmente, la misma tierra bajo sus pies... sólida, marcada por grietas que brillaban de un azul plateado... fue formada por el propio cuerpo de Virgilio.

Fue el fundamento de su alma.

Cada roca, cada fisura, cada trozo de ese suelo palpitaba con sus batallas, sus dolores y sus conquistas. Era él en forma cruda.



Pero ahora... todo eso fue profanado.

Spectre, la entidad parásita que había invadido su cuerpo, se había sumergido en ese pozo y corrompido todos los aspectos.

Los lirios araña se pudrieron uno a uno, ennegrecidos y asfixiados por raíces de oscuridad que los obligaron a marchitarse en silencio.

El sol de Agares ahora sangraba, su luz goteaba como aceite venenoso, manchando el cielo con vetas moradas.



El viento de Sitri se había convertido en una tormenta asfixiante, hecha de gritos distorsionados y promesas incumplidas.

La noche de la Muerte estuvo agitada. Las estrellas cayeron como lágrimas ardientes y cada una dejó marcas de agonía en el suelo.

Y el suelo de Virgilio, una vez firme, ahora era espinoso, agrietado como carne abierta. Era como si su propio cuerpo rechazara su alma.

A su alrededor, Spectre estaba dando forma a este mundo con manos invisibles —instalando prisiones de energía, cadenas de duda y torres de miedo.

Un mundo de cerraduras.

Cerraduras psíquicas.

Cerraduras emocionales.

Cerraduras existenciales.

Luego vino el silencio.

No el silencio de la paz, sino el que precede al nacimiento del abismo. Una pausa asfixiante, como el aliento contenido del universo ante aquello que no debería existir.

El cielo se desgarró.





Con un sonido que no pertenecía al mundo de los vivos, el firmamento del alma se abrió como carne desgarrada, y a través del velo morado y negro comenzaron a aparecer ojos.

Miles.

Ojos amorfos, flotando como constelaciones enfermizas.

Observando. Juzgando. Hambriento.

Las raíces de la corrupción crecieron sin control, serpenteando por el suelo como serpientes ciegas, entrelazándose con las flores, estrangulándolas una por una.

Las piedras empezaron a gritar.

No con voces. Pero con recuerdos.

Gritos de la infancia.

La pérdida.

El peso de cada error.

Los rostros de aquellos a quienes había decepcionado.

Las manos de aquellos a quienes había matado.





La tierra gimió.

El horizonte sangró.

Y desde el cielo cayeron cuerpos.

Cuerpos destrozados, algunos sin rostro, otros con rasgos que alternaban entre lo familiar y lo monstruoso.

Todos vinieron desde arriba, suspendidos por cuerdas de alma—títeres rotos de algún teatro infernal.

Eran versiones de sí mismos.

Virgilio el niño. Virgilio el adolescente. Virgilio el guerrero. Virgilio, el monstruo.



Todos muertos.

Todos juzgados.

En el centro del cielo desgarrado, Spectre finalmente se manifestó.

No como un ser definido, sino como un agujero en la realidad. Un eclipse viviente.

Negro. Girando en espirales interminables.



Dentro de él intentaron surgir formas —garras, rostros, bocas— como si toda la malicia del universo hubiera sido aplastada y vertida en un solo punto de existencia.

"No eres nada, Virgilio." La voz de Spectre resonó en todo el avión, resonando como si estuviera siendo pronunciada desde dentro del hueso.

"Todo lo que has construido será tragado. No hay estructura que pueda resistir la verdad: eres un alma rota que intenta fingir que está completa."

El mundo se quedó en silencio.

Las cadenas que envolvían el cuerpo de Virgilio se apretaban con fuerza brutal, hasta el punto de desgarrarle la piel del alma.

Pero él no gritó.

Él simplemente miró hacia arriba.

Una mirada que llevaba el peso de mil vidas.

Uno de ellos, dorado — incandescente como el sol desde arriba, que lleva la llama divina de antiguos reembolsos y promesas incumplidas. El otro, negro como la muerte completa, un abismo de pura negación, donde incluso la esperanza se negaba a entrar.

Y luego se rió.

No fue una burla.



No fue desesperación.

Fue la risa de alguien que vio el fondo del abismo... y le devolvió la sonrisa.

"Jeje... jejeje... HA...."

Arqueó ligeramente su cuerpo, aunque todavía estaba atado, con las cadenas crujiendo a su alrededor. Y luego:

"¡JAJAJAJAJAJAJAJA!"

La risa resonó con un timbre metálico, haciendo crujir el aire como un trueno en una cámara cerrada.



No fue una locura.

Fue un desafío.

La esencia de Virgilio —mutilada, debilitada, quizás al borde de la muerte— todavía ardía con la certeza de alguien que no se inclina.

"Sigues siendo bastante arrogante..."

Habló con voz ronca, cubierto de moretones, pero sin perder su firmeza.

Incluso arrodillado.



Incluso esposado.

Incluso con el mundo cayendo a su alrededor.

"Lo suficientemente arrogante como para pensar que entiendes quién soy."

Levantó la barbilla. Y el mundo que lo rodeaba tembló levemente.

"Crees que ves un alma rota..." Sus ojos brillaron al unísono... "...pero todo lo que ves es la base de algo que nunca podrás destruir."

Las cadenas temblaron.

No como el acero... sino como seres vivos.

Ellos gritaron.

Sí, gritaron. No con voz, sino con un aullido agudo y sobrenatural que atravesó el avión como clavos en una pizarra cósmica. Estaban hechos de miedo, arrepentimiento, limitaciones... Y ahora estaban siendo violados.

Virgilio sonrió.

Lento. Cruel. Casi animal.

"Ahhh... ¿Tienes miedo ahora?" Su voz sonaba baja, distorsionada y reverberante con múltiples tonos, como si una legión hablara a través de su boca.





Las venas de sus brazos comenzaron a latir con una energía púrpura líquida, como si el poder de la corrupción misma bailara debajo de su piel.

Las cadenas intentaron apretarse. To bind. Resistir.

Pero sólo entregó los dedos, y con un tirón brusco —

iiiRAAAAAAASSSHHH!!!

Rompió el primero.

Fragmentos de culpa volaban como espadas psíquicas, y Virgilio los absorbió en su pecho desnudo, como si estuviera bebiendo el veneno del mundo.

—Naciste para contenerme... —murmuró, con los ojos bajos y las sombras saliendo de su boca como vapor negro.

"...pero ahora...servirás como arma, mis cadenas infernales."

Agarró otra cadena con ambas manos, y esta vez—no se rompió.

Se transformó.

El metal gritaba, se retorció como una serpiente de acero y se fusionaba con las muñecas de Virgilio, clavándose como esposas invertidas—pulseras demoníacas que pulsaban con runas ardientes y deseos enterrados.





"Te llamaré Ouroboros", dijo Vergil. "Haré buen uso de vosotros, mis armas."

Las cadenas restantes se acercaron frenéticamente a él, intentando estrangularlo, pero ya había cambiado. "Venid, hijos míos."

El cabello de Virgilio creció como un torrente viviente, cayendo por su espalda hasta su cintura, ondulándose en un negro absoluto, como si la oscuridad misma hubiera tejido cada hebra.

Y sus ojos... una vez contrastaban luz y oscuridad... Ahora ardían con un púrpura radiante, el tipo de brillo que no ilumina... Corrompe.

Era él.

—Me llamaste alma rota... —Vergil levantó los brazos y las cadenas bailaron a su alrededor como serpientes furiosas, afiladas y obedientes—... pero hasta un alma rota se convierte en una espada perfecta... si sabes dónde afilarla



El mundo tembló.

No con furia.

Con miedo.

Las raíces de la corrupción, que antes se arrastraban con arrogancia, ahora vacilaban. Detenido. Encogerse como gusanos ciegos ante un nuevo hambre que no reconocían—un hambre más antigua que ellos.

Virgilio se rió.



Pero no como antes.

La risa que explotó de sus pulmones fue un trueno demoníaco que atravesó el tiempo, un sonido que no debería existir en ninguna realidad sensata. Era un caos visceral, animal y puro en forma de voz.

"AHHAA
HAHA—!!"

El sonido hizo gritar las cadenas del mundo.

Las flores muertas comenzaron a retorcerse, como si intentaran volver a excavar en el suelo.

El cielo negro se retrajo, como si la piel fuera arrancada desde dentro.

El eclipse tembló y Spectre —el terror primordial— susurró por primera vez... no con desdén. Pero con precaución.

"... ¿en qué te has convertido...?"

Virgilio abrió bien los brazos.

Las cadenas, ahora llamadas Ouroboros, se extendían como serpientes siderales, rodeándolo con una coreografía de carnicería.

Su silueta era inhumana.





Largo, deformado por el poder puro, una mezcla de nobleza y aberración.

Cuernos oscuros se formaron en su cabeza como coronas torcidas.

Las sombras retrocedieron.

La corrupción... tembló.

Y entonces habló Virgilio, con voz firme y antigua... Estaba un poco delirante, pero las siguientes frases fueron las últimas que le dijo a Spectre.

"Escucha... En este mundo, siempre que haya luz, también habrá sombras."
Murmuró, ocultando su rostro con la mano después de reír incontrolablemente.

"Mientras exista el concepto de ganadores, también debe haber perdedores"

"Y nunca seré el perdedor."

"Tengo muchos deseos egoístas, así que no te dejaré tenerlos"

"Te voy a matar."

